

Museo
Arqueológico
Nacional

PIEZA DEL MES

Ciclo 2003

**Las armas: defensa,
prestigio y poder**

ESPADA DE GUADALAJARA

EDAD DEL BRONCE



Asunción Martín

MARZO 2003

1. DESCRIPCIÓN

La espada de Guadalajara es una de las piezas más ricas y singulares entre los escasos ejemplos de armamento que se conocen en la Península Ibérica para este período concreto de la Prehistoria. Está formada por dos cuerpos independientes que son la hoja y la empuñadura, ambos en buen estado de conservación, con unas medidas totales de 71,5 cm. de longitud por 8,7 cm. de anchura máximas.

Los análisis metalográficos más modernos reflejan la composición metálica de la hoja a base de cobre arsenical, aleación de una calidad inferior a la de cobre y estaño aunque más resistente que el cobre nativo, mientras que la empuñadura está realizada en oro. Las técnicas empleadas en su fabricación fueron la fundición y el martillado. La hoja es ancha y larga, de tipo triangular y sin nervaduras. El empalme entre ambas piezas se realizó mediante clavos de cobre, aunque en la actualidad no se conservan debido al deterioro que presenta el extremo proximal de la hoja.

La empuñadura sobresale por su especial composición y riqueza decorativa, que denota por sí misma su carácter de objeto suntuoso o de prestigio. Está formada por láminas de oro que han sido trabajadas mediante la técnica del batido, modalidad sofisticada y compleja del martillado en la que se emplea un elemento intermedio para golpear, por ejemplo cuero o lana. La empuñadura está formada por tres áreas específicas que son la zona del empuñadura, en donde se localiza la rica ornamentación repujada; la empuñadura propiamente dicha, de sección ovoide y el pomo, formado a su vez por dos cuerpos diferenciados compuestos por un elemento esférico y otro en forma de tapón que remata finalmente la pieza.

La decoración se localiza en el empuñadura y está aplicada sobre dos láminas rectangulares que presentan un esquema decorativo similar. La composición aparece dominada por dos arcos de herradura, rehundidos y lisos, que se sitúan en la parte baja de la lámina y en torno a los cuales se desarrolla el resto de la decoración formada por líneas de puntos repujados mediante un punzón circular de fino grosor. La práctica totalidad de la chapa aparece decorada con una originalidad sin referentes en otras piezas del mismo período o posteriores. Entre los motivos decorativos se aprecia la impronta de los antiguos clavos de sujeción del empuñadura, formados por cinco pequeños círculos lisos en relieve.

2. LAS CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO

A pesar del carácter singular de la pieza, las circunstancias del hallazgo no están del todo claras. En 1943 Ferrandis cita por primera vez la espada y su rica empuñadura sin ofrecer lugar de aparición o contexto arqueológico. Posteriormente, Carriazo la describe junto a los restos de otra empuñadura de oro y de dos hojas de bronce que pertenecerían a sendas espadas, aunque presupone una

procedencia asturiana para el conjunto, quizá movido por la similitud con los depósitos de armas encontrados en esta región.

El primer autor que informa sobre el lugar del hallazgo es Gómez Moreno, quien afirma que la espada apareció antes de 1930 en la provincia de Guadalajara. Según este mismo autor las piezas fueron restauradas tras su hallazgo, uniendo la hoja y la empuñadura mediante un cuerpo de madera, de forma similar a como sería en origen, pero sin los clavos de sujeción. Las piezas fueron compradas por un anticuario y de ahí pasaron a la colección privada de Ramón Rodríguez Bauzá, en cuyo poder permanecieron hasta que fueron finalmente adquiridas a sus herederos para su conservación en el Museo Arqueológico Nacional en 1962.

3. RASTREANDO LA CRONOLOGÍA DE LA ESPADA: OTROS EJEMPLOS PENINSULARES

En el estudio efectuado por Almagro Gorbea se recogen una serie de espadas de bronce aparecidas en la Península Ibérica que presentan una tipología similar a la espada de Guadalajara.

Entre los modelos más próximos se citan las espadas argáricas representadas en la imagen, depositadas las cinco últimas en el Museo Arqueológico Nacional (Espada de Puertollano: sala V, Vitrina 4). Según el autor la característica principal de estas espadas sería la tendencia a la hoja triangular con los bordes rectos, mientras que en el área proximal suelen presentar cinco clavos de sujeción, tres de ellos en línea y los otros dos a ambos lados o situados en otra línea diferente.

Desde otra perspectiva, Brandherm ha comparado la espada de Guadalajara con los ejemplares encontrados en el noroeste peninsular, concretamente con los depósitos de armas de Cuevallusa y Villaviudas, más próximas a modelos del oeste de Europa que del Mediterráneo.

Por lo que respecta a la empuñadura los modelos más cercanos se sitúan en la propia meseta, concretamente en el depósito de Abía de la Obispalía (Cuenca), donde se recuperaron los restos de dos empuñaduras de espada realizadas en oro batido y con escotadura formada por un doble arco de herradura. Estos ejemplares aparecieron sin sus respectivas hojas, aunque en opinión de Almagro Gorbea se trataría de tipos similares a los de nuestra pieza. La cronología de este depósito se establece a lo largo del siglo IX a.C., posterior por tanto a la cronología asignada a los tipos a los que pertenece la espada de Guadalajara.

La cronología que ofrece el depósito de Abía de la Obispalía coincide con la cronología asignada a las estelas decoradas del Alentejo (1100/800-700 a.C.). En estas estelas de piedra de carácter funerario se representan en bajorrelieve los atributos de personajes notables que poseen, entre otros objetos, espadas enfundadas en vainas de cuero, con pomos similares al de la espada de

Guadalajara. Entre los numerosos ejemplos que se conocen destaca especialmente por su similitud la espada representada en una estela de Trigaxes (Beja).

La espada de Guadalajara se corresponde con un tipo de arma que se generaliza en la Península Ibérica durante el Bronce Medio (1500-1100 a. C.), aunque la empuñadura de oro reproduce modelos clasificados dentro del Bronce Final. Este desfase cronológico entre la empuñadura y la hoja quedó en parte explicado tras la restauración que se llevó a cabo en el Museo Arqueológico Nacional en 1989. En estos trabajos se comprobó que la empuñadura que hoy día podemos observar era un añadido posterior, es decir, que la hoja tuvo en origen una empuñadura distinta, algo más pequeña y rematada con una escotadura de doble herradura, motivo que fue utilizado como elemento decorativo principal en la empuñadura de oro conservada en el Museo Arqueológico Nacional.

4. LA ESPADA:EL ARMA POR EXCELENCIA.

A partir del 1500 a.C. la espada se convierte en el arma simbólica del guerrero, desplazando a los antiguos puñales, tal y como éstos habían suplantado previamente a las hachas de piedra. Los modelos de espadas más tempranas reflejan su evolución a partir de los puñales de cobre, es decir, hojas simplemente alargadas que presentan empuñaduras macizas, en ocasiones ricamente decoradas.

El éxito que denotan las espadas se aprecia en la variedad tecno-tipológica que presentan, que irá progresivamente complicándose a partir del Bronce Final y de la Edad del Hierro, momento en el que se produce el crecimiento paulatino de los depósitos de armas formados por numerosos ejemplares y tipos diferentes.

5. LA EFECTIVIDAD DE LAS ARMAS

La efectividad de estas armas no siempre estuvo garantizada y es posible que muchas de ellas no fueran utilizadas como objetos ofensivos o defensivos, sino como meros símbolos distintivos del rango o estatus del individuo: es lo que algunos autores conocen como "armas de parada", utilizadas por las élites para impresionar a sus súbditos. Según el estudio reciente efectuado por Carrión, Baena y Blasco, la efectividad de las armas depende de las características técnicas con las que estén fabricadas. Las espadas simplemente fundidas con cobre nativo o cobre arsenicado serían menos efectivas que aquellas que a su vez fueran martilladas, circunstancia que les confiere una mayor resistencia y posibilidades de penetrar en el cuerpo humano. En este estudio experimental se comprobó cómo una espada fabricada según la tecnología argárica, fundida pero no

martillada, no podía penetrar en un cuerpo si se interponía entre ambos una protección de cuero o de lana.

6. LA INTERPRETACIÓN DE LA ESPADA DE GUADALAJARA

Recientemente Brandherm ha interpretado la espada de Guadalajara en relación con un depósito de armas encontrado en una zona no concreta de la provincia de Guadalajara, apoyándose en la presencia de la empuñadura incompleta de oro que se exhibe junto a la pieza que nos ocupa y de otras dos hojas de espada pertenecientes a la colección Bauzá. Según este estudio, el depósito presenta similitud con los depósitos de armas del área del noroeste peninsular, zona desde la cual llegarían las influencias a la Meseta.

En cuanto a la interpretación de estos depósitos metálicos se han propuesto diferentes teorías. Según algunos autores, estas ocultaciones podrían efectuarse en momentos de inestabilidad, para salvaguardar los objetos de valor de posibles ataques o rapiñas, aunque también se han interpretado como depósitos de fundidor efectuados por artesanos metalúrgicos con la intención de refundirlos y transformarlos en objetos diferentes. Desde una perspectiva más simbólica, estos depósitos metálicos se han relacionado con ofrendas fluviales, o bien como ritos de paso (Ruiz-Gálvez 1995), localizados en este caso cercano a los cruces de caminos o en los cursos de agua, lugares de indudable valor estratégico y simbólico. En opinión de Ruiz-Gálvez estos hallazgos reflejan una forma de marcar culturalmente un territorio, característica propia de grupos humanos en creciente proceso de territorialización, como sería en este caso las sociedades meseteñas de la Edad del Bronce.

7. LA EDAD DE BRONCE: HACIA UNA SOCIEDAD DE JEFATURAS

Independientemente del enfoque teórico desde el que se aborde el estudio de la Edad del Bronce, los investigadores del período coinciden acerca de la progresiva complejidad hacia la que tienden estas sociedades prehistóricas. Esta complejidad queda atestiguada en áreas del sureste peninsular, en donde las investigaciones llevadas a cabo en poblados como El Argar, Fuente Álamo o Peñalosa revelan la presencia de una sociedad jerarquizada, con la existencia de personajes que poseen un cierto rango o estatus, posiblemente hereditario, frente a otros individuos de rango diferente que, en ocasiones, podrían considerarse incluso siervos. En estas sociedades se advierte también un sistema de tributos, así como desigualdades entre los habitantes de un mismo poblado, reflejadas no sólo en los ajueres de enterramiento, sino también en una dieta alimenticia diferente.

A pesar de existir consenso a la hora de aceptar la complejidad social, no existe un único criterio para explicar las causas que propiciaron dicho proceso. Según las teorías más tradicionales, el

desarrollo de la tecnología metalúrgica fue el motor de los cambios económicos y sociales producidos durante la Edad del Bronce, complementado con el control del comercio y de las redes de intercambios por parte de las élites para la distribución de los objetos de prestigio que las distinguen. Otras teorías apuntan hacia el desequilibrio medioambiental y el crecimiento demográfico como causas del cambio cultural, mientras que desde otras perspectivas se explica la complejidad social a partir de una serie de mejoras económicas producidas por una intensificación y mejora generalizada de la producción agraria (puesta en práctica de policultivos, obras de regadío y aterrazamiento), el aprovechamiento de los productos secundarios que proporciona el ganado (mantequilla, cuero o fuerza de tracción) y el desarrollo de la metalurgia.

Sea cual sea la causa o causas que propiciaron el cambio, durante la Edad del Bronce se produce el abandono de las formas de organización tribal del Neolítico y del Calcolítico, caracterizadas por la presencia de grupos familiares, linajes o clanes que explotan un territorio más o menos extenso y lo defienden de forma colectiva, a favor de una sociedad cada vez más jerarquizada y compleja, en la que prima la edad y el sexo del individuo, así como su pertenencia a determinados grupos familiares.

Las primeras diferencias visibles con respecto a los períodos precedentes vienen determinadas por la elección de emplazamientos estratégicos, fácilmente defendibles y con acceso a los principales recursos económicos del territorio. También en el plano simbólico y ritual se produce un cambio sustancial, con la sustitución de los antiguos enterramientos colectivos del período megalítico por enterramientos individuales, en los que un personaje se hace enterrar con los objetos que simbolizan su prestigio y su poder, sustituyéndose los antiguos ídolos u objetos de adorno del Calcolítico por otros que remarcan la riqueza y la defensa personal del individuo. Estos elementos diferenciadores sugieren por sí mismos la creciente estratificación social y la aparición de las élites.

En la sociedad de jefaturas un individuo o “jefe” puede consolidar su poder por diferentes causas y establecer su dominio a largo plazo sobre la comunidad, apoyándose en una élite y, ocasionalmente, en un grupo de guerreros. En este contexto las armas y objetos de lujo se convierten en elementos de prestigio, el medio utilizado por las élites para exhibir el estatus.

8. LAS ARMAS COMO OBJETOS DE PRESTIGIO Y PODER

El estudio del conjunto de los objetos metálicos encontrados en la Península Ibérica a partir del Calcolítico permite asegurar que el desarrollo inicial de la metalurgia del cobre y del bronce está en relación con la fabricación de objetos valiosos, principalmente adornos y armas. El carácter de lujo de estos objetos hace que sean exclusivos de una parte de la comunidad y, por tanto, llevan asociados un claro carácter diferenciador, aparte de un posible valor simbólico. Los objetos metálicos no sólo fueron un bien intrínseco para las élites, sino que pudieron ser utilizados como

moneda de cambio en la obtención de otros objetos de prestigio tales como el ámbar o el marfil, material este último del que existen numerosos objetos de adorno en yacimientos meseteños, además de ser cambiados por otros bienes materiales como ganado y posiblemente personas.

A lo largo de la Edad del Bronce se asiste al crecimiento del poder real o simbólico de las armas, beneficiado por los avances tecnológicos que proporcionaron las aleaciones con arsénico primero y estaño después, y generado por las desigualdades sociales y la creciente competitividad que debió surgir entre las comunidades por el control y defensa de los recursos económicos. En este panorama no es difícil imaginar el surgimiento de conflictos y la necesidad de defensa y protección, que serían proporcionadas por los grupos de poder a nivel local o regional. En opinión de algunos autores, la “rapiña” y la “guerra” se convirtieron durante la Edad del Bronce en procedimientos habituales para obtener beneficios materiales rápidos, así como fuerza de trabajo adicional mediante la captura de esclavos. En este sentido, la posesión de armas determinó la capacidad de ofensa o ataque por parte de las comunidades que tuvieron acceso a las mismas.

9. LA FIGURA DEL GUERRERO

En Opinión de Guilaine y Zammit a partir del III milenio está ya esbozada la figura del guerrero occidental, un personaje a medio camino entre el cazador y el luchador. En una sociedad en la que se aprecia la competencia por el control de los recursos económicos y, en la que las jerarquías debieron ser cuando menos cuestionadas internamente, los enfrentamientos se convertirían en una forma de competición social de la que se podía obtener prestigio y poder.

A lo largo de la Edad del Bronce el guerrero se convertirá en una figura aceptada socialmente, poseedora de un estatus elevado que le relaciona de forma directa con las jerarquías. Su imagen se hará habitual en las estelas y grabados de piedra, en donde las representaciones más antiguas contienen espadas como el objeto simbólico que identifica al guerrero y, posteriormente, a los propios guerreros esquematizados con todos sus atributos. En cierto modo, se podría decir que el guerrero jugó un papel similar al representado por la figura del cazador durante el Paleolítico.

Fruto de la generalización del armamento será la creación de una panoplia ofensiva y defensiva formada por objetos tales como escudos, petos de cuero, lanzas o cascos. Con el desarrollo de la metalurgia del hierro se perfeccionarán y ampliarán los modelos, que permanecerán sin grandes cambios hasta la llegada de la ballesta y las armas de fuego. En opinión de Guilaine y Zammit el arquetipo de guerrero occidental, desde la Prehistoria hasta época medieval, se encuentra ya configurado desde la segunda mitad del segundo milenio a.C.

VISITAS RECOMENDADAS

- Museo Arqueológico Nacional: ejemplares de espadas argáricas en Sala 5, Vitrina 4. Estelas decoradas del suroeste en Sala 6.
- Museo Arqueológico de Cataluña en Barcelona: espada argárica de La Perla.
- Museo Etnológico de Belem en Lisboa: estelas decoradas del área del Alentejo.
- Museo Arqueológico de Badajoz: estelas decoradas del suroeste.

BIBLIOGRAFÍA

Específica sobre la espada de Guadalajara:

- ALMAGRO GORBEA, M. (1972): "La espada de Guadalajara y sus paralelos peninsulares". Separata de *Trabajos de Prehistoria*, 29, pp.55-83.
- BRANDHERM, D. (1998): "Algunas consideraciones acerca de la espada de Guadalajara. ¿Un excepcional depósito desarticulado del Bronce Medio en la Meseta?". *Trabajos de Prehistoria*, 55, 2, pp. 177 a 184.
- GAGO BLANCO, F. (1990): "La espada de Guadalajara. Restauración". *Revista de Arqueología*, 106, pp.8-14.

Sobre la Edad del Bronce:

- Hace 4000 años... vida y muerte en dos poblados de la Alta Andalucía. Catálogo de la exposición.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1989): Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma. Siglo Veintiuno de España Editores, S. A.

Acerca de la metalurgia del cobre y el bronce:

- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; MARTÍN, C. y MONTERO, I. (1999): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II estudios regionales*, en Delibes de Castro, G. y Montero Ruiz, I. (coord), pp. 217-239. Instituto Universitario Ortega y Gasset. Madrid.
- ROVIRA, S.; MONTERO, I. y CONSUEGRA (1992): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. I Análisis de materiales*. Instituto Universitario Ortega y Gasset. Madrid.

Sobre otras espadas y la guerra en la prehistoria:

- CARRIÓN, E.; BAENA, J. y BLASCO (2002): "Efectivismo y efectividad de las espadas argáricas a partir de una réplica experimental del ejemplar de La Perla (Madrid) depositado en el museo

arqueológico de Cataluña”, pp. 285-293, en Clemente, C.; Risch, R. y Gibaja, J.F.: *Análisis funcional. Su aplicación al estudio de las sociedades prehistóricas*. BAR International Series 1073.

- GUILAINE, J. y ZAMMIT, J. (2002): “El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria”. Ariel Prehistoria.

Otros:

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. L. (1995): *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Servicio de publicaciones Universidad Complutense de Madrid.